

EL LADRÓN DE LOS SENTIDOS

Antonio Trujillo Bandera

Finalista del Concurso

"Atrévete a escribir"

Categoría: Secundaria

Antaño, existía una metrópoli llamada "Carés", ésta, estaba traslapada por el rencor y la maldad, hasta que un día llegó un hombre; un ladrón. Un ladrón de corazón somero. Un ladrón de esperanzas. Un ladrón de sentidos.

Casas, miles de casas, casas de ladrillo y madera, de diamante y de cristal, de algodón y de arcilla, hechas con una nimiedad de esfuerzos y de sueños, pero éstos últimos fueron dirimidos hace años por la magra comprensión de un estúpido rey.

"Demasiado hermoso para mi gusto" - pensó el ladrón - "Vaticino que hoy será un arduo día.

Le vestía el naranja por arriba y el verde por abajo. Le representaba el pálido y le remarcaba sus dos verdes redondos. Magro de cuerpo y alma. Adusto de mente.

Escudriñó la ciudad y vio algo fuera de lo normal; la gente era muy quejumbrosa y andaban, muchas, chocándose unas contra otras, o contra las paredes, pero no le dio demasiada importancia; sus objetos eran relevantes, sus estados mentales, no.

Primera casa: algodón; dos jarrones y un collar de oro.
Segunda casa: diamante; tres zafiros. Tercera casa: madera; una rama de acebo y una pubera con la luz de dos estrellas. En todas las casas habitaban personas y con ellas convivían el miedo, la desesperación y la locura. Tac, tac, tac, primeros pasos en la cuarta casa. Una voz de una fémmina, trastabillo. Jamás había

oído una voz tan suave. No era suave como el jabón, más bien era como algodón. Más bien era como inefable.

Canicas a zules entre el largo rubio. Piel pálida. Labios gráciles. La belleza de aquella mujer le robó algo al ladrón. Un retazo de su ser.

-¿Por qué nos hizo esto el rey? ¿Acaso nos lo merecemos?

-Dijo - Que alguien nos libre de nuestro pesar, por favor, por favor... -Instó.

El ladrón divisó el castillo por una ventana y se dirigió a él guiado por la bella voz, que le había dejado embobado y que quizás había deshecho la coraza que encerraba su corazón humano y que había creado a aquel insensible ladrón.

Empujó el portón y dentro del castillo se descubrió un resquicio de luz. Para sorpresa del ladrón, éste estaba totalmente a oscuras. Entró y dio tres sordos pasos. Tos. Se oyó una tos, grave y con parsimonia. Cuando ésta acalló, la opulenta estancia pareció haberse ennegrecido aún más. Cuando hubo subido las escaleras, escudriñó por las habitaciones y vio un halo de luz. Abrió la puerta y observó la sala en ella había un señor, gordo y barbudo, sentado en un trono.

-¿Quién osa? -Dijo, demudado al ver a un desconocido allí en sus aposentos.

-Un servidor.

-Preguntaba por su nombre.

-A este mundo ni a mí mismo nos incumbe.

El canoso miró, fatigado, al joven que se postraba ante él.

-¿Es usted el rey? -Dijo el ladrón.

-¿Y eso sí te incumbe? - Respondió con un tono

burlesco

El ladrón fue a asir la daga que dormía en su vaina, pero la voz de la dama que le había llevado hasta allí evocó sus recuerdos y, una vez más, le debilitó.

-Therón, ese es el nombre que a usted le incumbe, pero no a mí. - Espetó el pálido.

El viejo le miró a los ojos. Esas hojas primaverales que se vislumbraban entre su largo flequillo le recordaban a algo. El joven miró molesto a aquel señor, esperaba que respondiera a su pregunta cuando le entregó su unguento nombre.

El barbudo sonrió y dijo:

-Pues sí, soy el rey de estos lares, joven.

-¿Qué les ha ocurrido a los habitantes?

-¡Vaya, chico, qué entrometido eres! - Dijo con sorna.

Pero hoy estoy de buen humor, te lo contaré: hace unos diez años, mi reino fue atacado por un ladrón que mató a mis hombres y me robó mi corona que ocultaba la fuerza de la Tierra y la luz del Sol. A causa de ese yerro, les propuse a mi pueblo encontrar mi corona y darles una fortuna, y si no, les condenaría a algo peor que el infierno: ¡les robé sus sentidos! - Reo - No me sirven. No son para este mundo, solo son para ellos.

De nuevo, la voz de la chica acompañada de ira

-¿Cómo puedo salvarlos? - Sorprendió al rey.

-Tengo una idea - Dijo, beligerante - te robaré tus sentidos y tendrás que pasar por unos tabloncillos resquebrajados sin caerte a una celda que hay debajo si fallas; te

quedarás en el calabozo el resto de tu vida y de tu muerte.

Therón aceptó y se encaminaron hacia la habitación. El rey alumbró ~~de~~ ésta con una antorcha; la estancia aguardaba al vacío, al caos y a las sombras.

-Aquí, mis guardias estuvieron a punto de atrapar a ese ladrón, pero esa rata pedestre consiguió acabar con ellos.
-Dijo cetero zado - Bueno, ¿qué? ¿Empezamos?

El chico sintió un pinchazo que hizo que todos los vellos de su cuerpo quisieran escabullirse de éste.

Crack, crack. Rugía la madera mientras avanzaba por los tablones. Se desmayó. Cinco horas después, se despertó. Solo había oscuridad. Bueno, había un atisbo de luz en sus recuerdos; esa voz.

De repente se dio cuenta; el rey le había empujado y él se cagó sin sentir nada. Ese era su plan desde el principio; había eliminado sus catalizadores hacia la realidad.

Sintió algo, no una voz o un roce; algo que le abrazaba por dentro y que le decía, mudo, que todo iba bien. La chica estaba allí. No era un presentimiento, podía notarlo en su interior.

Se levantó y se encaminó, trémulo y temeroso, hacia la puerta. Estaba abierta. La chica la había abierto. No estaban viendo todo aquello, lo estaban notando. Los dos juntos se dirigieron adonde quisiera que les llevaran sus almas, seguramente a molestar a una calmada noche o a despertar a las estrellas dormidas.

-Vamos a por el rey - Dijo la joven.

Therón no oyó nada, solamente sintió algo cálido en su corazón. Algo que le besaba en la frente. Algo que aún le mantenía en la realidad.

Quizás sus almas estaban un poco encaprichadas, porque no llegaron a la habitación donde descansaba el viejo rey, sino a su desván, donde guardaba sus posesiones más inútiles y sus secretos más oscuros.

De repente todo falló. Sus sentidos estaban demasiado inhibidos como para recordar que el señor de aquel castillo aún conservaba los sugos.

Mientras hacían sus subrepticias búsquedas para hallar la cura a su maldición, el rey fue empujado a salir de su sueño por el sonido de cristales rompiéndose y de las cosas que no apreciaba rodando por el suelo. Malhumorado, obligó a sus dormidos pies a entrar en sus azules zapatillas de algodón. Fue hacia el desván y se calmó un poco al ver a dos jóvenes, despojados de realidad, moviéndose a la loco. Así que cogió su escopeta, apuntó, tozó el gatillo con el índice y el corazón y...

Fuego. Vio fuego por la buhardilla. El castillo se estaba quemando.

Amarillo, rojo y azul. Olor a paja. Sabor a saliva. Se escuchaba un alboroto a las agujetas. Sentía un pincho clavado en el dorso de su mano. Therón tenía una aguja morada incrustada. La cura, la había encontrado.

Vio el fuego y al rey correr por las escaleras, así que cogió cuantas agujas pudo y se llevó, en brazos, a la chica sin realidad.

Salió del castillo y se encontró a toda una ciudad sin sentidos, pero con un sueño: Volver a ser para el mundo.

El ladrón fue a por el rey, que estaba titado en

el suelo demudado y horrotizado. Se acercó a su oído y susurró:

- Le aconsejo que se vaya de aquí y no vuelva antes de que despierten - Abrió su mano con las decenas de agujas violetas - Buen viaje, señor.

El rechoncho rey se marchó, pedestre, a otras tierras.

Gracias a los científicos, pudieron multiplicar la cura y Larés, la ciudad, volvió a ser lo que era, liderada por Therón y Rasi, la chica que había conocido y que ahora era su esposa.

- Fuiste tú, ¿verdad? - Espetó Rasi.

- ¿Qué? - Dijo sorprendido Therón.

- Tú robaste la corona hace diez años, no olvidaría tu rostro.

- ¿Y por qué me salvaste?

- No sé, fue intento. Aunque también me enseñaron a no juzgar a nadie por lo que ha hecho, sino por lo que puede llegar a hacer.



FIN.